

El plan Marshall: ¿promesa o ilusión?

Por Ricardo Pattee.

El ya célebre plan propuesto por el actual Secretario de Estado de los Estados Unidos, el General Marshall, para la salvación económica y social de Europa, ha tropezado como sabemos todos con graves obstáculos. Y no son precisamente la abstención forzosa de los países satélites del oriente de Europa, porque la ausencia de estos elementos no perjudica más que a ellos mismos. Su ausencia también junto con la de la nación dominadora, contribuye inconmensurablemente a despejar un ambiente sobrecargado de ilusiones, de falsas perspectivas y de esperanzas quiméricas. El mundo vivió demasiado tiempo bajo el falso signo de una unidad que no existía más que en el léxico ficticio de los diplomáticos o en el lenguaje irreal de la Conferencia de San Francisco. El una vez candidato a la presidencia de los Estados Unidos, Wendell Willkie, popularizó como pocos la expresión "un solo mundo", para dar a entender que el mundo nuestro contemporáneo ha de evolucionar dentro de una estrecha unidad y compacta compenetración, pese a la diferencia existente de sistemas políticos, formas de gobierno e ideas de orden social. Este concepto de la realidad fué el motivo primordial del fracaso de la Conferencia de San Francisco y el alumbramiento de aquel adefesio jurídico que se llama la Carta de las Naciones Unidas. Durante dos años hemos experimentado el contraste entre la realidad y la ficción; entre la idea de que la Unión Soviética pertenece a nuestro mundo y la dura prueba de que el comunismo es algo sólido y vigoroso y que no está dispuesto a transigir con los vulgares burgueses que componen la representación de la mayoría de los pueblos del mundo.

Lo que ha costado un esfuerzo sobrehumano es el darnos cuenta de que Rusia no es indispensable para la reconstrucción de nuestro mundo; de que podemos marchar, y marchar muy bien sin ella. No es que el mundo occidental

haya cometido el pecado de falta de caridad rechazando la colaboración soviética; es que la Unión Soviética ha hecho insufrible la vida internacional y más vale que sigamos cada cual nuestro camino a pretender vanamente una colaboración que se ha demostrado palpablemente imposible. La base de todo ha sido, por cierto, el hecho de que no nos une a la URSS más que un accidente de la historia. No hay la unión de una idea y menos todavía de muchas ideas. Y esta ausencia es tan profunda que el valladar de la incomprensión y la hostilidad no puede zanjarse con una serie de cataplasmas diplomáticas.

Se han necesitado dos años para despejar esta incógnita y darse cuenta del mundo de algo bien elemental y sencillo. El Plan Marshall tiene la virtud indiscutible de haber contribuido poderosamente a producir este nuevo ambiente. Hasta que fuera propuesto, la gente todavía andaba algo crédula, persuadida de que los Señores Stalin, Molotov, Vishinsky, etc., eran caballeros algo duros de convencer pero que al final de cuentas podría hacerse. La brusquedad y torpeza de Molotov en París desvaneció una vez para siempre tan risueña ilusión. Todo el mundo comprendió algo sumamente elemental y que cualquiera hubiera podido confirmar con la lectura de Lenin: que el mundo comunista no quiere ni puede querer según su propia doctrina una situación estable. La actual intranquilidad que reina en el mundo es precisamente el clima que ansía el comunismo. ¿Cómo pretender, por lo tanto, que la URSS, empeñada en la extensión del comunismo, colabore para la estabilización del continente europeo?

Mirado desde Europa mismo, donde se escriben estas líneas, el Plan Marshall parece ofrecer halagüeñas perspectivas de mejoramiento económico para estos maltrechos pueblos que no poseen la energía interior para su propia recuperación. Para un continente donde la inmensa mayoría de los habitantes no ha comido bien en ocho años, es lógico que cualquier promesa que pueda sig-

nificar un aumento en su bienestar material se acoja con verdadero júbilo. Pero el defecto del Plan estriba precisamente en que se dirige exclusivamente al aspecto material. Muchos periódicos europeos, a la vez que aplauden la iniciativa norteamericana y señalan la virtud de su apoyo, apuntan con tristeza y melancolía que se pretende combatir el comunismo a base de dólares. Lo doloroso es que el comunismo no se combate con dinero sino con ideas, con fervor contrario, con una mística capaz de galvanizar a los pueblos y convertirlos en baluartes inexpugnables contra los embates comunistas. Y el Plan Marshall peca de frialdad, de indiferencia hacia este problema que es el capital de Europa; la regeneración espiritual a base de una idea vitalizadora. Los préstamos y los arriendos proporcionados por los Estados Unidos pueden, ciertamente, dar a los países hostigados por el comunismo un armamento material. Puede proporcionarles materiales bélicos con que resistir la invasión aterradora de las huestes marxistas como en Grecia. Puede fortalecer la posibilidad de resistencia de un pueblo tan bravo como el turco. Pero no puede producir esa cohesión interior; esa vitalidad intangible pero imponderable, que es la única manera a la larga de combatir el avance del comunismo. No nos engañemos más. El comunismo es una fuerza poderosa, no solamente por las fallas y las lacras sociales de todos nuestros países que ofrecen un suelo propicio para la siembra de sus doctrinas disolventes, sino porque no le oponemos una idea tan vital, tan creída, que nuestra gente es capaz de morir por ella antes de permitir que el marxismo eche raíces. La vaga expresión "libre determinación"; "democracia" o "gobierno propio" nada dicen a millones de hombres hambrientos por pan a la vez que por justicia y por una fe. El nacionalismo tampoco puede ofrecer a estos millones más que un espíritu combativo, útil y necesario, pero no suficiente. Las grandes potencias: Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia, no se mueven más que en términos pasivos, de evitar que la URSS avance. ¿Qué hay fundamentalmente entre estas tres potencias que las una, que las dé cohesión y que impulse una acción de conjunto? Nada más que el factor superfi-

cial y efímero o de haber participado en la victoria común. Como hemos perdido desde hace mucho tiempo toda idea de comunidad cristiana y como la religión, progresivamente desterrada, no desempeña más que una función subjetiva en nuestra sociedad, no hay por encima de las fronteras ninguna idea salvadora. Y preciso es confesar que a menos que se mueva a los hombres con un concepto supranacional, espiritual, no hay modo de entorpecer la marcha del marxismo. Europa sucumbe no solamente porque se halla exhausta, lo cual es cierto, sino porque no sabe en que creer. Alemania ha sufrido dos largos años de "democratización"; de "denazificación" y de "purificación", bajo el sistema más perfectamente idiota que se ha inventado para gobernar un pueblo. Las fuerzas de ocupación, presas de esas horribles vaguedades que son el estigma y el azote de nuestros tiempos, continúan mascullando frases incoherentes y retóricas acerca del futuro de Alemania, sin que en veinticuatro meses se haya tomado un sólo paso fundamental para la reconstrucción de la primera región europea que necesita rehabilitarse para evitar que el continente entero caiga bajo la hoz y el martillo. Los comentaristas y observadores que han visitado Alemania en los últimos meses salen contestes en una afirmación que el gobierno militar de las tres potencias de Occidente, pecan gravemente de ineptos, ineficientes y sin contenido vital para ese inmenso vacío espiritual que es Alemania.

El pueblo italiano, agotado y maltratado, ha sufrido la pena máxima de un tratado de paz que el mismo Ministro Bevin ha confesado injusto e inadecuado. ¿Cuál es nuestra situación cuando el Primer Ministro de la Gran Bretaña, en plena Cámara de Comunes admite que es preciso buscar la manera de revisar el tratado de paz con Italia dos días después de su aprobación? No es una confesión escandalosa de futilidad y de injusticia imponer un tratado que los mismos que lo imponen reconocen como profundamente contrario a los preceptos más elementales de la justicia? Italia perdió 100.000 hombres como co-beligerante de las Naciones Unidas, y se le ha impuesto un tratado como si hubiese resistido hasta el último

instante. ¿Cuál puede ser la reacción lógica del pueblo italiano ante el espectáculo de una victoria tan huera y tan insolvente?

Todo esto se reduce a una premisa bien sencilla. La rehabilitación de Europa —del mundo— no puede realizarse dentro del marco estrecho de los nacionalismos, ni a base de un reajuste puramente económico. El comunismo siempre su veneno porque no hay resistencia verdadera. Hay temor, un vago sentido de pánico, miedo de lo que está ocurriendo en el oriente del continente. Pero no hay una sola idea occidental que se oponga. Tanto las naciones individualmente como el conjunto dentro de las Naciones Unidas, persiguen finalidades tan penosamente inmediatas que no ofrecen esperanza de especie alguna. Las contradicciones en la política occidental es la base de este proceso progresivo y continuo de desilusión. Mientras las naciones victoriosas hablan piadosamente de elecciones libres para España y un gobierno conforme a la voluntad del pueblo español, se tolera un Tito, un Hodja, un Groza, un Dimitrov y un Bierut. Se colabora con ellos; se mantienen relaciones diplomáticas en nombre de un solo mundo. España tiene que ser mantenida detrás de un cordón sanitario porque su gobierno, dicen, no responde a los deseos de la mayoría. Pero nadie impide que delegados yugoslavos y polacos, de regímenes insólitamente inmorales, participen libremente inmorales, participen libremente en las mismas deliberaciones dirigidas contra España. Irlanda y Portugal se hallan excluidos de las Naciones Unidas, sospechosas, se supone de quién sabe que actuación fascista oculta. Estas contradicciones hacen imposible que nadie crea seriamente en este instrumento internacional. Y en Europa, es seguro que la inmensa mayoría lo contempla con pleno cinismo. El Plan Marshall viene a demostrar la falsedad intrínseca de las Naciones Unidas, porque tiene que funcionar fuera de esa organización y por encima de ella. La política norteamericana, desde la ayuda a Grecia y Turquía hasta el Plan Marshall viene efectuándose sin consideración a las Naciones Unidas, simplemente porque las Naciones Unidas están

condenadas a la esterilidad desde el principio.

Ahora bien, hay otro aspecto del Plan Marshall que debe tomarse en cuenta: el efecto interno en los Estados Unidos. Todos sabemos de sobra lo veleidoso de la opinión pública norteamericana y lo imposible que es predecir a ciencia cierta la reacción del Congreso nacional ante una situación dada. Muchos comentaristas en Norte América han comparado ya el nuevo plan con el antiguo sistema de préstamos y arriendos de tiempo de guerra. En aquellos tiempos, cuando la nación estaba exportando cantidades de materiales de guerra, se produjo un conflicto entre el consumidor, deseoso de comprar artículos manufacturados y las exigencias de la nueva exportación. El consumidor fué convencido de que las democracias batalladoras necesitaban más de fusiles y tanques que él de neveras eléctricas, automóviles o radios. Es posible que una situación similar se produzca ahora. El pueblo norteamericano, al salir de la dura prueba de la guerra, estaba animado de un deseo fundamental; volver a la normalidad y poder adquirir aquellas mercancías de que había sido privado por tanto tiempo. Lo que sucede ahora es que las enormes cantidades destinadas a Europa significarán un alza en los precios y mayores dificultades para obtener ciertos productos domésticos. El año próximo el electorado norteamericano escoge su presidente y su congreso. El ciudadano promedio estadounidense hoy en día es un individuo sumamente interesante para los políticos, pues es el futuro elector. Es imposible predecir cómo reaccione ante la perspectiva de precios más altos y privaciones más prolongadas para ayudar a Europa a rehabilitarse. El norteamericano nunca ha entendido demasiado bien las demandas del comercio exterior. Su visión del mundo rara vez incluye el comercio exterior. Su visión del mundo rara vez incluye el comercio más allá de los mares. Puede que resulte difícil convencerle de que su propio bienestar a la larga dependa de que Bélgica, Holanda y Dinamarca, entre otras, prosperen. El norteamericano es intensamente localista, apegado a las cosas sencillas que comprende y que ve. Sus fronteras

no son el mundo sino su condado ó a lo sumo su estado. Este hombre anónimo es la clave, tal vez, de la nueva política preconizada por el Departamento de Estado.

Hay otro aspecto también que debe tomarse en cuenta con toda seriedad. La inversión de millones y millones de dólares en la llamada rehabilitación europea puede acarrear unan ueva diplomacia del dólar, infinitamente más virulenta que la antigua practicada en Hispano América. Tenemos un discurso pronunciado el 28 de junio por el Sr. Harold Stonier, Director ejecutivo de la Asociación Americana de Banqueros en que dijo: "En lo sucesivo, nuestros préstamos debían dedicarse a fomentar la producción y no solamente proporcionar pan a los hambrientos. En un mundo pacífico, la fuerza y el prestigio de la bandera norteamericana guardará una proporción directa con la fuerza del dólar norteamericano. La diplomacia del dólar fué en su tiempo término de escarnio, pero en el futuro será nuestra única esperanza..." He aquí la nueva doctrina que bien puede prevalecer en el mundo con el creciente prestigio de los Estados Unidos. Nación poseedora de inmensos recursos, su primer instinto es acudir a sus reservas para aliviar la miseria y combatir las doctrinas perniciosas. Pero una vez que las inversiones se hayan hecho, es inevitable que la política del país se incline a su protección. Por consiguiente, una nueva diplomacia del dólar, im-

petuosa y vigorosa, puede ser la consecuencia de esta compañera para poner coto al comunismo desbordante. La unión de la fuerza monetaria y económica de los Estados Unidos con la diplomacia es uno de los signos más inquietantes en el mundo que amanece.

Todos tenemos que aplaudir cualquier medida que contribuya a la salvación de millones de europeos. La buena voluntad de Europa misma está revelada en la Conferencia de París. Pero es indispensable y hasta perentorio que reconozcamos que el comunismo no se derrota con estas armas, sino con la fuerza superior de una mística avasalladora y absorbente que infunde fe y valor inalterables en el ánimo de los pueblos. En Europa este estado es alarmantemente ausente. La Gran Bretaña cultiva un sedicente socialismo, algo incoloro y pedestre. En Francia, la política es una serie inacabable de equilibrios y maromas. En Italia De Gásperi se sostiene en el poder gracias a la presencia de las tropas aliadas. Solamente en España prevalece una mística; una fe y una esperanza cálida en el futuro. Más aún, el mundo occidental es un término geográfico que carece de sentido real hoy en día. Fraccionado y debilitado, no hay por el momento evidencia ninguna de esa rehabilitación interior que es la fe en su propio destino sin la cual no puede haber más que paliativos y remedios pasajeros.

RICARDO PATEE

Madrid, julio de 1947.

